

M. FLICK - Z. ALSZEGHY, *Antropología teológica*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1970, 621 pp.

Según manifiestan los autores en la *Presentación* de la obra, se trata de una síntesis de dos publicaciones anteriores: *Los comienzos de la salvación* y *El evangelio de la gracia*, si bien entre aquéllas y la actual debe ubicarse la realización del Concilio Vaticano II, fuente de importantes nuevos aportes.

La temática del libro considera al hombre "cristocéntrico", es decir, como ordenado a Cristo por la economía divina, en la primera parte (EL HOMBRE BAJO EL SIGNO DE ADÁN: *creatura de Dios, imagen de Dios, alienado por el pecado*), y como efectivamente realizado en la unión con Cristo, a través de la segunda parte (EL HOMBRE BAJO EL SIGNO DE CRISTO: *en Cristo, por Cristo, hacia Cristo*). En la *Introducción* los autores exponen el sentido del presente trabajo: "Nuestro trabajo es más bien un vademecum para el estudio personal, una guía para encontrar el acceso a las fuentes y para poder proseguir luego la investigación teológica, en el sentido de las orientaciones dadas por la OT 17"; sentido que da razón del método empleado: presentación del tema, bibliografía abundantísima, fundamento bíblico, reflexión patristica, sistematización teológica (tradicional y contemporánea) y proposición de temas de estudio con indicación de fuentes. La intención de la obra, en consonancia con las directivas de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, es que "acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas".

Tratándose de un libro de indudable interés tanto por su enfoque y método cuanto por la erudición que trasuntan sus referencias de carácter histórico y la bibliografía citada, no creemos superfluo puntualizar la presencia de algunas nociones confusas e incompletas, cuando no desconcertantemente erróneas. Así por ejemplo: "podremos decir que es *causa eficiente* (?) del mundo aquel Verbo que en la plenitud de los tiempos se encarna; más aún, que es la causa eficiente en cuanto que se encarna" p. 65). O la exigencia de una secularización de la imagen, como reacción frente a una mal entendida religiosidad que dividiría al mundo en sagrado y profano (pp. 107-108), cuando más adecuado sería la superación de tal dualidad en una dirección ascendente, por la sacralización del mundo, según las explícitas directivas de la "*Gaudium et Spes*".

En la p. 113, parecen oponerse una imagen del hombre denominada estática, propia de la teología clásica, y otra dinámica, que se atribuye a las Escrituras, oposición que resulta destruida si se trabajan adecuadamente las afirmaciones de los párrafos 156 y 160 (pp. 118-120): "En efecto, el hombre es una creatura, por consiguiente un ser potencial, que vive en medio de cierta indeterminación al no poseer necesariamente toda su perfección desde el principio". Ya en otro contexto, nos resulta también un tanto excesiva la pretensión de adjudicar al Concilio Vaticano II el descubrimiento de la unidad del hombre, como superación de la composición de sustancias al parecer proclamada por la teología tradicional; por otra parte, tal planteo entra en abierta contradicción con las afirmaciones de los párrafos 196 (p. 143) y 200 (pp. 145-146). Y a propósito, ¿en qué sentido debe entenderse "actualmente, habiéndose abandonado prácticamente esta concepción hilemórfica de la materia, las categorías materia-forma, que ya no tienen ninguna aplicación a no ser en el caso del hombre, no sirven para dar una verdadera explicación sobre la unión espíritu-materia"? No parecen los autores hallarse al tanto de

la esplendorosa vertiente tomista del pensamiento actual en Francia, Italia, Canadá e incluso Argentina.

Otra noción confusa es la de creación, que parece regirse por las mismas imprecisiones que la cosmovisión teilhardiana, a la que se menciona como autoridad. Y también aparece muy poco claro el texto de p. 191: "Todos los seres creados son solidarios entre sí, ya que al haber *brotado* de la *misma materia primordial* creada por Dios son «trabajados» por Dios": ¿qué entidad tiene esa materia?; ¿es subsistente?; ¿es previa a los seres, o surge con ellos?; ¿qué significa "haber brotado"?

En p. 607 se afirma que los conceptos de amistad filial con Dios, y de inhabitación del Espíritu Santo "subordinados a un acto de conocimiento que el hombre de suyo no puede ni siquiera desear... es extraña a la Escritura y a la experiencia cristiana" (!!!). Finalmente, y concluyendo nuestra enumeración, citamos la naturalización de lo sobrenatural que se encuentra en p. 609.

No obstante estas precisiones, sigue pareciéndonos la presente una obra valiosa en su género; y no sería justo omitir el elogio de su muy didáctica presentación, como así también de la excelente impresión a la que por otra parte nos tiene acostumbrados la Editorial Sígueme.

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI

JOSE FERRATER MORA, *Las palabras y los hombres*, Ediciones Península, Barcelona, 1972, 152 pp.

A través de una serie de breves ensayos, el autor enfoca ciertos problemas filosóficos mediante el análisis del lenguaje con que son expresados. Siendo la palabra una manifestación del pensamiento y de las demás experiencias humanas, es posible echar un poco de luz en esa zona tan rica como misteriosa que es la vida interior del hombre, estudiando las expresiones lingüísticas en que de alguna manera aquélla se traduce.

El libro se abre con un interesante capítulo sobre las principales ideas que, a través de la historia, se han tenido acerca del hombre, de su naturaleza y de su destino. De acuerdo con la metodología propuesta, el autor intenta hacer una reflexión sobre estas concepciones, utilizando como instrumento los vocablos o fórmulas lingüísticas con que se han expresado. Los célebres versículos del Génesis, por ejemplo, revelan un concepto del hombre como creatura e imagen de Dios; la definición clásica de "animal racional", presupone la idea esencialista propia de los filósofos griegos; las fórmulas "homo sapiens", "homo faber", "homo symbolicus", etc., intentan aclararnos de alguna manera la naturaleza y condición del ser humano.

El autor analiza esta diversidad de términos y definiciones que pretenden manifestar lingüísticamente las ideas que el hombre tiene de sí mismo, y considera que todas tienen un valor relativo y limitado, ya que sólo se refieren a aspectos parciales de la naturaleza humana. Considerando la diferencia entre las expresiones "ser alguien" y "ser algo", Ferrater Mora reflexiona sobre el carácter personal del hombre, que imposibilita toda definición propiamente tal.

Pero la palabra, no sólo patentiza las ideas, sino también otras experiencias humanas que se dan en un nivel más cercano a lo afectivo-sentimental. Entre ellas, hay una absolutamente íntima y trascendente que es la experiencia religiosa. Ferrater Mora hace un estudio de dicha experiencia, prescindiendo de